

concretan, por ruda condición social, a satisfacer las necesidades imperiosas del cuerpo y no trascienden jamás a la vida del espíritu?

¿Creen ustedes que los millares de braceros de la Región Lagunera, a quienes las fuerzas de la vida les son insuficientes para mantener juntos alma y pellejo, van a sentir jamás una emoción capaz de traducirse en obra de arte, en concepción de Dios? Ustedes saben, mejor que yo, que lo que digo de esos braceros es cierto de la mayoría de los mexicanos. Y bien, ¿podremos tener un arte nacional bajo estas condiciones sociales? ¿Podremos tener jamás una religión que nos sea la engañosa idolatría del Catolicismo moderno ni la superchería innoble de aquellos que viven alejados de la civilización?

¿A qué se resume, pues, nuestro arte? ¿A qué nuestro concepto de Dios? Arte y religión nos resultan cosas trucas, nuestra vida cosa trunca. Porque la mayoría del pueblo mexicano no vive esa vida. Y nuestro arte, en tanto no tengamos una vida completa, una vida de *todos* los mexicanos, no será arte nacional, y si lo juzgamos con la rectitud de Cristo o con la severidad de Tolstoy, lo hallaremos falso, vano. Habría que repudiarlo.

Pero habría que repudiar la vida y no podemos repudiar la vida.

¿Qué haremos?

Hagamos arte que no sea vano ni falso; hagamos religión que no sea falsa ni vana, hagamos vida que no sea ni vana ni falsa.

Vida vana es la de quien cree que el pueblo mexicano es feliz porque tenemos, en la capital y para los adinerados, coros ucranianos, teatro francés, teatro español, ópera rusa, opereta alemana y cabarets norte-americanos, que nos visitan. Vida falsa es asimismo la de quien cree que los principios de la Revolución han triunfado porque el obrero de la capital ha integrado ya la vida nacional y es la fuerza principal del país, que sustituye a la vieja fuerza del militarismo, sin fijarse en que la mayoría de los mexicanos aún carecen de derechos políticos porque no los ejercen, porque no saben ejercerlos, porque no llega a ellos todavía la liberación.

A base de vanidad y de falsía no se establecerá nunca la nación. No hay en México una clase social que tenga la voluntad bruta del espartañada para hacer surgir un estado sobre cimientos de esclavos adscritos a la gleba. Ni desea el obrero mexicano que ya ha logrado su emancipación, que México sea émulo de Esparta. No. Pero otro cargo sí he de hacerle al obrero liberado, a él y al burgués, a él y al burócrata: la falta de sensibilidad para la injusticia.

Sensibles a la justicia somos todos, pero a la injusticia, no. A la injusticia no la vemos, no la sentimos, no la percibimos. La injusticia que sufren los demás no nos conmueve.

La condición de la mayoría de los obreros, la condición de casi todos los que trabajan la tierra, no ha cambiado mucho con la Revolución. Y mientras no cambie, y mientras no sean ellos, el verdadero pueblo, la fuerza principal del país, la riqueza del país, los dirigentes del país, lo que tenga vida política y emotiva en el país, no habrá nación mexicana verdadera, ni verdadero arte mexicano nacional, ni verdadera religión en México.

No es menester recurrir a planes

económicos extranjeros; nada sino males sin número nos acarrearán el importar variaciones del credo socialista. El remedio debe brotar de nosotros mismos, de nuestros corazones. El remedio, que es la base espiritual de todo programa socialista, es sencillamente el mandato de Cristo de amarnos los unos a los otros. Amor, amor y más amor. Amor que nos haga sensibles a la injusticia de que son víctimas nuestros semejantes, amor que nos azuce, nos muerda, nos tenga en vela y en lucha hasta haber reparado esa injusticia. Así se hace patria, así tendremos nación, así haremos arte, así, por ventura, hallaremos a Dios para vivir en El!

La vida de las plantas

Viendo crecer las hierbas

DECÍAMOS que las hierbas de los campos cultivados se presentan por variedades y que cuando unas son destruidas, aparecen otras diferentes.

Hacemos la historia de las hierbas de nuestro campo que, era hace unos tres años, un potrero viejo y abandonado.

Estaba cubierto de gengibrillo (*Paspalum notatum*) y setilla (*Chaltium bromoides*).

Se hizo un fuerte trabajo de pala, para sembrar camote (*Ipomea batatas*) y fué curioso observar que pronto el campo se cubrió de una hierba suave, bonita, que los campesinos llaman «mielcilla». El zacate no apareció.

En la próxima labor desapareció la «mielcilla» pero, en cambio, se cubrió todo el terreno de «escobilla» (*Sida rhombifolia malvacea*) que es una hierba dura, difícil de destruir y que se multiplica de un modo alarmante.

Aparece en forma de «parches» muy tupidos y crece rápidamente.

Al hacerse la limpia del terreno, la escobilla desapareció, pero apareció, al poco tiempo, la Santa Lucía (*Ageratum conyzoides-compuesta*), que es hierba poco agresiva, suave, con una «flor» violeta.

Cubre los campos al venir el verano y les da un aspecto bastante agradable.

Casi simultáneamente, un campo vecino, abandonado, se cubrió de la misma hierba.

Allí pude encontrar algunos ejem-

plares de la variedad blanca, que es, en general, poco abundante.

En nuestro terreno, la Santa Lucía fué destruída y desapareció, pero en el terreno de enseguida nadie la cortó, no se practicó ninguna labor y a pesar de eso desapareció totalmente, al punto de no encontrarse ni un ejemplar actualmente.

Ese es un fenómeno bastante interesante.

Además, y referente a la grama, (*Paspalum dactylon*), hay algo que puede interesar al agricultor.

Se acepta, en general, que la cal es beneficiosa para las gramíneas y esto es una verdad.

La grama, por otra parte, es una terrible plaga de los campos, pues es tenaz, invade el terreno y no es posible desterrarla.

Teníamos un «parche» de grama y logramos mediante el uso de la cal hacerlo desaparecer.

Continuando con la sucesión de hierbas diremos que una vez desaparecida la Santa Lucía, apareció el «chirrite», al punto de cubrir el campo totalmente; destruido que fué, durante el verano pasado, ha salido por todas partes, en cantidades fabulosas, el «mozote» (*Bidens pilosa*) y el «churritate» (gen. *Ipomea*).

La lucha contra esas hierbas es tremenda; no da al agricultor un momento de reposo.

Ahora principian a verse algunas plantitas de verdolaga (*Portulaca oleracea*), que es considerada por los agricultores como indicio de fertilidad.

Hubo momentos, entre una y otra hierba, en que parecía que la dormilona (*Mimosa invisa*) dominaría a las otras, pero desapareció.

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 8 a 11½ a. m.